

ALCESTIS

Marco Antonio Rodríguez Revoredo

*Así, toda negligencia es deliberada,
todo casual encuentro una cita,
toda humillación una penitencia,
todo fracaso una misteriosa victoria,
toda muerte un suicidio.*

Jorge Luis Borges
Deutsches Requiem.

La máquina, en respuesta a la caricia de la niña...

La anciana caminó hacia la obscuridad de la ventana mirador.

Layud, el oficial encargado de atenderla, se detuvo en el límite de las sombras. La imagen en penumbra y el vasto panorama exterior lo llevaron a figurarse una hoja marchita en una larga caída hacia un abismo de estrellas. No pudo asociarla con la historia narrada por el capitán.

—¿Es la tercera vez que una nave oficial la transporta a Alcestis. Capitán? —preguntó Layud.

—Y la última, si es que ella no altera sus deseos —contestó sin inflexiones Cobeli.

Cincuenta años atrás —agregó— pidió ser llevada por primera vez y hace veinticinco solicitó regresar. Es inusual ese apego al simbolismo de los aniversarios.

—Sé que al planeta se le considera un monumento —comentó Layud— y que, exceptuando el enorme jardín-granja que rodea la ciudad, la superficie es un desierto. Mi cédula de comisión indica que está siendo repoblado y que uno de los episodios finales de la Guerra del Milenio ocu-

rrió aquí—. Distraídamente, sin verdadero interés, preguntó: —¿Qué sucedió con los anteriores habitantes? ¿Abandonaron el lugar?

—No... —se obligó el capitán a mantener la voz sin inflexiones.

Una mujer que se fractura, que no se ve, que no quiere ver. Una mujer que acaso gime, en una silla, sentada, despatarrada, dolorosa. Una mujer con derrumbes, azorada, vasta.¹

La anciana dejó el pequeño libro sobre la mesa lateral, en un intento de evadir la sensación de que el antiguo poema era un borroso espejo fragmentado. Su mirada fue nuevamente a la ventana y distinguió entre las miles de estrellas al sol de Alcestis.

—¿Por qué Alcestis? —preguntó Layud—. Parece más el nombre de una estrella que el de un planeta.

—Alcestis no es el nombre original —explicó el capitán—: un rey griego recibió de la diosa Artemis el don de que, al llegar la fecha de su muerte, se le perdonaría la vida si un miembro de su familia aceptaba morir por él. Cuando llegó ese día, Alcestis, su esposa, se suicidó para salvarlo.

—Nosotros, la humanidad, somos ese rey —agregó con un confuso matiz Cobeli—. Ella, la anciana, fue el instru-

¹ Fragmentos del poema "Cicatrices", de Ricardo Yáñez.

mento que hace setenta y cinco años hizo de la multitud de seres que habitaban el mundo al que la llevamos, una Alcestitis.

—Comandante —había respeto y calidez en la voz de Cobeli al dirigirse a la pasajera— su solicitud ha sido aceptada. Al llegar al Alcestitis, se iniciará el lapso de noventa días que señala la Reglamentación Kevorkian.²

Layud dejó que se cerrara la puerta del cubículo-biblioteca. Se colocó el visor y empezó a dictar órdenes en voz baja a la computadora. Antes de que las primeras imágenes y sensaciones lo envolvieran, lo inquietó la impresión de que algo en el aire había cambiado.

Se abandonó a la información.

Para el año 2180, los trabajos de bioingeniería desarrollados en la colonia científica del planeta ahora conocido como Alcestitis, habían salido del control de las autoridades locales. Algunos de los biotecnólogos, partidarios del grupo que inició la pugna que finalmente condujo a la llamada Guerra del Milenio, realizaron experimentos secretos con seres humanos, cuyos resultados pudieron haber ocasionado la desaparición de la especie, al menos en la forma en que la conocemos. Las modificaciones genéticas provocadas con el fin de controlar los mecanismos de la evolución, causaron mutaciones que eufemísticamente se calificaron de monstruosas.

² El médico Jack Kevorkian promovió, a fines del siglo XX, la legalización de la eutanasia y del suicidio. Sus trabajos acerca de la asistencia y supervisión de la muerte voluntaria antecedieron las leyes al respecto.

Las imágenes respaldaron con creces las palabras.

Los medios y técnicas que se utilizaron, hasta ahora no comprendidos a fondo (o no divulgados), repentinamente e inexplicablemente desembocaron en un contagio que afectó a la totalidad de la población de la colonia. Las últimas comunicaciones emitidas desde ella advirtieron que no existía posibilidad conocida de detener el proceso de propagación. Se sabía además que los contagiados eran portadores "incurables". El despacho final recibido por las autoridades centrales de La Federación, informaba de la implantación de una cuarentena absoluta, y prohibía el acceso al planeta y la salida de toda nave.

Layud susurró una nueva orden a la máquina.

...fecha en la que el crucero enviado por La Federación se colocó en órbita estacionaria sobre el hemisferio en que se encontraba la ciudad. Por la imposibilidad de comunicaciones inmediatas con su base, la Comandante de la nave disponía de autoridad sin restricción...

La petición era absurda, imposible.

De pie ante la consola de enlaces restringidos, petrificada por la súplica, la inundó una antigua memoria infantil: en una tarde gris inubicable, al acercarse una tormenta, un vago terror y una exaltación la hicieron aferrarse a la mano de su padre.

No le sorprendió descubrir que oprímala, humedeciéndolo, el respaldo de la silla.

Captó el trasfondo de ruego en la voz del Coordinador de la Colonia:

—Comandante, por favor, no demore su decisión. Entendemos que el problema ético es irresoluble y que no tiene margen para compartir la responsabilidad, excepto con nosotros.

—Coordinador, ¿alguno de sus científicos propone una medida alternativa? ¿No han surgido disidentes que rechacen el acuerdo del Consejo?—. En la voz se asomaba una mezcla de violencia y angustia reprimidas.

—Comandante, con respeto le pido no soslayar que en la colonia se encuentran los bioingenieros más destacados del sistema y que estamos en guerra. Sobre su primera pregunta, no hemos encontrado ninguna opción que ofrezca un margen confiable. Acerca de la segunda, en cualquier momento podemos perder el control de los eventos. Si esto último ocurre, usted no podrá perdonárselo.

Después de una pausa, la voz agregó:

—Comprendemos, lo repito, que si acepta nuestra petición, tal vez tampoco podrá perdonarse.

Nuevamente la envolvió el impreciso recuerdo infantil y surgió, enervante, un rumor de tambores en sordina; aquél que precede a las tormentas.

—Padre, ¿por qué no bajan los pasajeros de la nave? En la Pla-net los muchachos dicen que algo raro sucede. Ustedes, los adultos, están tensos y sin embargo, nos animan a organizar fiestas. Parece que intentan gastar todos sus créditos. ¿Estamos perdiendo la guerra?

Padre imitó impecablemente una sonrisa.

—¿Qué me llevo al baile hoy? ¿Es cierto que la Comandante de la nave ha escrito libros de poemas? Creo que voy a aceptar ser pareja temporal de Doal. ¿Qué piensas? Después me dices. Voy a revisar contigo mis proyectos. Te veo mañana, cuando salgas de la junta del Consejo.

La lluvia —voz de la hija— se convirtió en un rápido beso.

En el rostro de Padre apareció una sonrisa defectuosa.

La mayoría de las versiones coinciden en calificar a la Comandante de la nave como una persona con intensa alegría de vivir. Era considerada, paradójicamente, firme y lejana con los subordinados, a la vez que cálida y cercana con ellos en el trato personal. Excepcionalmente inteligente, de un refinado sentido del humor, con una notable cultura humanística (considerando su formación como Ingeniero en Electrónica y Piloto Espacial), llegó al cargo por la vía del trabajo civil. Para muchos que la conocieron, la decisión que tomó, causante de la muerte de un millón doscientos mil personas (la totalidad de los habitantes de la colonia), fue por completo incongruente con su personalidad y temperamento.

Para algunos —continuó la máquina— la comandante no tenía, en el nivel racional, la posibilidad de una elección; sus ideas acerca de la historia y del papel que la inteligencia humana debe desempeñar en el breve instante de su presencia, en el Universo, no le permitían tomar otra decisión...

—Comandante, soy el representante de La Federación en el planeta. Por favor,

coteje la clave de mi identificación y aplique el código que corresponde a mensajes Omega de emisión única—. El tono dejaba escaso margen a la duda.

—Adelante, lo escucho —dijo una voz que, aunque salida de la boca joven de la Comandante, recordada al invierno.

—El proceso de votación está avanzando. El tamaño de la muestra hasta ahora consultada nos permite predecir que, como mínimo, el 92% de los ciudadanos aceptará, o al menos no rechazará, el acuerdo del Consejo. Calculamos que en cinco horas terminará el recuento y que en siete empezarán los disturbios. Sabemos que un grupo intentará apoderarse de este centro de comunicaciones para radiar el código genético de la plaga a los dirigentes del Bloque Antifederación. Comandante, no le queda mucho tiempo para decidirse.

—¿Qué se está diciendo a los jóvenes y a los niños?

—Nada, Comandante. Confiamos en que usted evitará que tengan ocasión de enterarse. Estamos utilizando las redes de cómputo que aseguran el secreto en las votaciones, así como la participación exclusiva de los registrados como ciudadanos. No pretendo rebajar mis palabras a un chantaje moral para apresurarla, espero que comprenda que nos sería emocionalmente imposible explicarles lo que hemos decidido. De cualquier manera, diseñamos rumores relacionados con la guerra y con la presencia de su nave, que empezaron ya a propagarse entre ellos. El fragmentar los focos de tensión evitará, esperamos, el surgimiento de una etapa de terror generalizado.

La voz cambió a la de un instructor que recita un manual de procedimientos:

—La explosión de la central de energía nuclear será suficiente para destruir la ciudad y toda manifestación de vida. No habrá, lo hemos calculado con el margen suficiente para garantizarlo, ninguna posibilidad de sobrevivencia para portadores de cualquier clase. Puede estar segura que el problema biológico y de información quedará definitivamente resuelto. También sepa que si estuviera a nuestro alcance provocar la explosión, esta conversación nunca hubiera sucedido. Como indudablemente será sometida a juicio si respalda nuestra determinación, estamos transmitiendo a los archivos de su nave la mayor cantidad de datos sobre lo ocurrido. No deberá quedar duda de que acató la voluntad de la colonia y de que tuvimos razón usted y nosotros.

—Las coordenadas para el disparo, y los datos de intensidad y duración son los siguientes...

La tormenta llegó. Y en la fiesta, hubo el resplandor de un último sol.

Las manos y las mejillas estaban húmedas cuando se apagó la señal del disparador.

Layud llegó al final de la grabación. Comprendió la resolución de la Comandante y vio sus consecuencias. Supo que la anciana fue juzgada y absuelta por un escaso margen; que se libró de la locura y del acoso someténdose a un tratamiento de hibernaciones periódicas; que tuvo tres hijos ("uno por cada cuatrocientos mil muertos", observó un noticiero sensacionalista) de óvulos fecundados por parejas que no deseaban experimentar las molestias de

la gestación; que fue una magnífica "tía" para esos hijos, que cumplió, al parecer con satisfacción para las partes, varios contratos matrimoniales; que, finalmente logró obtener de ella misma cierta paz interior y de lo demás, el olvido.

En el viaje de vuelta a la tierra, Layud intuyó, el día noventa y uno, que la anciana no había cancelado su solicitud. En el viejo libro que le regalara leyó, con intencionada lentitud, algunas líneas subrayadas: "Una mujer llena de lluvia, una mujer desierto. Se descoyunta. Se equilibra. Se cansa. Se distiende. Come sopas de sombra. Las sombras se la comen".³

Sin desearlo, sin darse cuenta, empezó a olvidarlas

—No estuvo mal para ser una clase de historia —dijo Irsa a su máquina—. ¿Cuáles eran las costumbres en esa época? ¿Los cuerpos de los muertos eran cremados o se reciclaban? ¿Fue cierto que la Comandante escribió poemas?

La máquina giró como si se alegrase de ser consultada por la niña:

—Los hechos narrados concluyeron hace ochocientos dieciséis años. Aparte de las licencias en los diálogos, la precisión del relato es superior al noventa

por ciento. Supongo que tus primeras preguntas van dirigidas a saber lo que ocurrió con la Comandante. En esos años, las técnicas de reciclado ya permitían aprovechar casi la totalidad de la masa corporal; así que el agua y todos los demás componentes se utilizaron en la agricultura.

—Entonces, si lo que me has dicho en los juegos de bioquímica es cierto, después de casi mil años, billones y billones de átomos de su cuerpo deben estar dispersos bajo la cúpula de la ciudad.

—Puede decirse que así es —contestó la máquina, satisfecha por la deducción de su alumna.

La niña la acarició de nuevo y corrió al jardín de la casa. En voz alta dijo a la brisa, a las flores y a la tierra:

—Sé que estás aquí, Comandante.

Ya distraída y disponiéndose a jugar, Irsa murmuró una canción. Las ondas sonoras —aleteos de mariposa generadores de tormentas— hicieron danzar, bajo el resplandor del viejo sol de Alcestis, a billones de fragmentos de la incoherente memoria del universo.

³ Fragmentos del poema "Cicatrices", de Ricardo Yáñez.